

LA BUENA NOTICIA DE JESÚS

Mc 1,1-8

2º Domingo de Adviento (Ciclo B)

Querido amigo: Hoy para nuestro encuentro nos valemos de Juan Bautista, un hombre asceta que vivía en el desierto y que nos narra cómo actuaba el Evangelio de Marcos 1, 1-8. Le escuchamos:

Comienza el evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Está escrito en el profeta Isaías: "Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino". Una voz grita en el desierto: "Preparad, preparad el camino del Señor, allanad sus senderos". Juan Bautista bautizaba en el desierto, predicaba que se convirtieran y se bautizaran para que se les perdonasen los pecados. Y acudía la gente de Judea y de Jerusalén, confesaba sus pecados y él los bautizaba en el Jordán. Juan iba vestido de piel de camello con una correa de cuero a la cintura y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y proclamaba: "Detrás de mí viene el que puede más que yo, y yo no merezco agacharme para desatarle las sandalias. Yo he bautizado con agua pero él os bautizará con Espíritu Santo.

Sí, querido amigo, hoy Juan Bautista nos lleva a una conversión, a un cambio y una limpieza de nuestro corazón y nuestra mente. Y fíjate, lo hace en el desierto. Tú y yo necesitamos ir al desierto, necesitamos escuchar otras palabras distintas a los gritos de la vida cotidiana. Necesitamos salir del torbellino y el vértigo de las distracciones y del jaleo de la vida. Necesitamos encontrar el sentido de nuestra existencia, el valor de nuestro trabajo. Y por eso se nos dice hoy que vamos a encontrar este cambio, vamos a entenderlo en el desierto. El Señor nos llama a una interiorización de nuestra vida, porque Él quiere venir, y para eso, como dice el profeta Isaías: Preparad el camino del Señor, allanad en la estepa todo lo que sobre, quitad todo lo que estorbe.

Hoy, Jesús, quieres darme una lección, una lección fuerte, una lección de cambio, una lección que nos lo deja muy bien Juan Bautista, este hombre que iba como un asceta y vivía como un asceta. Nos dice el texto que vestía de pelos de camello, de lana de camello, sin lujos, como una persona muy pobre, con una correa de cuero y que su comida eran langostas y miel silvestre. El hombre que vive con toda pureza el encuentro con el Señor. Y nos dice que preparemos el camino, que quitemos todo lo que estorbe. Cuántos estorbos tenemos para que venga Jesús a nuestro corazón, cuántos obstáculos: la soberbia de la vida, la apatía de mi forma de actuar, la falta de amor hacia ti y hacia los demás, la simplicidad de mi historia, la poca coherencia de lo que quiero y pienso y hago, la poca radicalidad de mi existencia..., tantas cosas, tantas cosas. Hoy el Señor se vale de todo esto y se vale para que aprenda a despertar, para que aprenda a salir de mis modorras, de mis reclamos.

Y hoy Jesús me dice que me pare, que me vaya al Jordán con Juan Bautista y allí que me purifique, que me limpie con el agua de su amor, que me deje bautizar, que me deje llenar de tu Espíritu Santo. Cuántas veces nos pasa como a Juan Bautista y cuántas veces deseamos ser como él. Tenemos unas ideas preconcebidas de ti, Señor, pero después no las ponemos en práctica. Hoy, Señor, te digo: limpia mi corazón de todo eso que estorba, de todos esos prejuicios, de todo lo que tú sabes; limpia mi mente de tantos juicios, de tantos razonamientos, de tantos saber por qué, de tanto... que la tengo atiborrada de ideas, pero poco de ti. Gracias, Señor, porque me llamas a la conversión. Gracias porque me llamas a la construcción de un proyecto nuevo, tuyo y mío. Y hoy, Señor, me dices también que como esta gente que acude a Judea, de Judea y de Jerusalén y confiesa su vida y se bautiza, que yo también tengo que quitar mis máscaras, tengo que bautizarme y tengo que limpiarme.

¿Por qué no? Hoy, Señor, te quiero dar gracias de mis precursores, de todos los que pones en mi camino. Gracias por todas las personas que me ayudan. Gracias por todo lo que me ayuda a crecer y a conocerte. Gracias por todas las personas que Tú pones en mis manos y que me las pones para que reaccione, para que viva. Por todos los medios que me pones a mi alcance. Pero sí te pido, con mucha pobreza, y con mucha necesidad de ti, y con mucho deseo: Señor ven, ven a mi casa, ven a mi casa. Dame fuerza para preparar el camino. Dame fuerza para saber comunicar la buena noticia tuya. Dame fuerza para que mi conversión dé un cambio en mi vida y en mi mentalidad. ¡Vale tanto... y vale tanto cambiar de vida! ¡Vale tanto no estar dando respuesta a esos interrogantes que me quitan la idea tuya! Quiero Señor, hoy, recibir esta buena noticia tuya y oír eso que le decías a través del profeta Isaías en el capítulo 40, versículos 1-5: Consolad, consolad a mi pueblo, habladle al corazón. ¡Qué grande eres, Señor! Tú vienes a consolarme, a hablarme al corazón, a anunciarme paz, a que encuentre misericordia, a transmitirme tu fidelidad, como una lluvia. Señor, entra en mi casa y riega la tierra en sequía para que pueda dar fruto tuyo.

Y como siempre, nos agarramos de la Virgen y le decimos: “Madre, limpia tú, como buena madre, todos los rincones de mi corazón. Barre todas estas ideas de mi mente, que siempre están entorpeciendo el encuentro contigo.”

Ven, Señor, ven y ayúdame a ponerme en pie y a subir hacia ti para contemplar tu gozo y tu gloria. Que así sea.

Francisca Sierra Gómez